

Colombia sobrenatural o de cómo leer la literatura de lo paranormal



Colombia sobrenatural

Mado Martínez

Ediciones B Colombia S. A.

Bogotá, 2015

191 p.

Colombia *sobrenatural* es un texto en el que la española Mado Martínez recopila distintas historias sobre supuestos eventos paranormales acaecidos en distintos lugares de la geografía nacional. En concreto, aborda abducciones en la laguna de Guatavita (Cundinamarca), un fantasma de un niño en Envigado (Antioquia), contactos con ovnis en Tabio y Tenjo (Cundinamarca), un antiguo cabaret encantado en Funza (Cundinamarca), otra casona encantada en Sabaneta (Antioquia), más aparecidos en distintos lugares de Cartagena, prácticas supersticiosas en el cementerio Central de Bogotá y, por último, otra ronda de espectros en el hotel de El Salto (cerca al salto del Tequendama, Cundinamarca). En síntesis, siete de los nueve capítulos se ocupan de fantasmas y engendros similares, y los otros dos capítulos se ocupan de extraterrestres que han decidido hacer presencia en el país del Sagrado Corazón.

La pregunta que uno se hace cuando se encuentra textos con esta clase de temáticas y abordados de la forma en que lo hace Martínez, es cómo leerlos: ¿Hay que asumirlos —como creen los fanáticos de este tipo de asuntos— como una compilación “periodística” de fenómenos que efectivamente suceden? ¿O hay que leerlos como una muestra particular del folclor popular contemporáneo, es decir, como una singular variedad de la literatura oral?

Si uno lo asume de la primera forma, tropieza con una serie de inconvenientes. En primer lugar, está el hecho de que en este libro nunca o casi nunca hay pruebas para cualquiera de los hechos paranormales que se relatan. Cuando se trata la aparición de un fantasma o un ovni, por lo general la única “prueba” son los testimonios de unas personas, pero eso tan solo es lo que en epistemología se denomina “prueba anecdótica”, es decir, afirmaciones de individuos sin acompañarlas de ningún material empírico adicional. Esas afirmaciones suelen tener valor discutible, pues pueden estar afectadas por la memoria, además de que desconocen gran cantidad de datos en contra, no son repetibles, son selectivas y demasiado a menudo únicamente se limitan a confirmar las creencias previas de quien habla. Por otra parte, es claro que en libros como estos se suele olvidar que las percepciones humanas con frecuencia están sometidas a sesgos cognitivos. Los sesgos cognitivos son distorsiones de la mente humana a la hora de percibir o interpretar fenómenos del mundo; son inconscientes y, de un modo u otro, todos estamos sujetos a ellos. Un ejemplo sencillo es la pareidolia, que es la tendencia de nuestro cerebro a percibir e interpretar lo que es ambiguo o impreciso como algo reconocible o definido; también se considera pareidolia el hecho de que se busquen patrones en eventos aleatorios que no los tienen o que, sencillamente, algo que carece de sentido sea obligado por nuestra mente a amoldarse a alguna forma conocida (por eso vemos caras en la orografía de Marte, interpretamos una mancha que aparece en una pared debido a la humedad como una figura de Cristo, o sentimos como “coincidencia” cierta conjunción aleatoria de eventos). Ese es el caso de los fantasmas: cierta configuración ambigua en una foto o un video, es asumida de modo pareidólico y de repente hay allí un difunto vuelto a la vida, aun cuando un análisis estricto solo revelaría formas ambiguas que se pueden interpretar de cualquier modo. A veces la pareidolia es auditiva, como ocurre con las psicofonías, que son grabaciones muy confusas de un ambiente, en las que los creyentes en lo sobrenatural aseguran que se

escuchan voces que comunican mensajes, los cuales, si se examinan con detenimiento, revelan ser excesos de interpretación a partir de ruidos muy equívocos.

Por otra parte, con respecto a los fantasmas hay que recordar que, cuando se han llevado a cabo estudios serios sobre el tema, respaldados por instituciones académicas de prestigio, lo que se ha encontrado —aparte de los fraudes— es que estos supuestos espectros casi siempre son explicables como efecto de los citados sesgos cognitivos, pero también como producto de alucinaciones, de parálisis del sueño, de infrasonidos que afectan al cuerpo humano pero nada tienen de sobrenatural, o de la simple preponderancia en millones de personas del denominado “pensamiento mágico” (un modo supersticioso de habitar el mundo que inventa relaciones sobrenaturales entre eventos). De hecho, la tendencia de tanta gente a pensar de un modo “mágico” viene asociada con otro sesgo, el de confirmación (la propensión del cerebro humano a aceptar lo que está de acuerdo con nuestras creencias y a rechazar lo que no concuerda con nuestros prejuicios). Por lo general, si previamente yo creo en la existencia de fantasmas u ovnis, es mucho más probable que yo en algún momento suponga que me he topado con fantasmas u ovnis.

Además de lo anterior, hay otros dos rasgos del libro de Mado Martínez que llevan al escepticismo respecto de lo que relata. Varias veces, para respaldar las historias que se cuentan la autora trae a colación el testimonio de supuestos “investigadores paranormales”; pero de estos “investigadores” nunca se dice cuáles son sus títulos académicos, cuál la institución universitaria de la que hacen parte ni cuáles sus credenciales científicas. Uno acaba detectando que estos supuestos “expertos” son solo otros creyentes o forofos del tema que, por supuesto, están predispuestos a “ver” lo mismo que suelen referir “los testigos”. Fuera de esto, asombra la credulidad de Martínez, quien en algún momento y con la mayor candidez escribe:

Creo en la gente, en la palabra de las personas, en sus testimonios, vivencias, miedos y experiencias. Y si una persona me dice que ha visto un fantasma, o que le ha echado una foto a una figura de una persona que antes ahí no estaba, o que la han abducido extraterrestres, o la ha empujado una fuerza invisible por una escalera, o ha visto cómo se movían o volaban los objetos de su casa, yo le creo, porque no tiene por qué mentirme” (p. 124-125).

Insisto en que para denominarse a sí misma una “investigadora”, a Martínez no le caería mal un poco menos de ingenuidad. La teoría de los sesgos cognitivos

revela que en multitud de relatos no es que la gente mienta, sino que no es consciente de que está falseando los hechos.

Ahora consideremos la segunda manera de leer *Colombia sobrenatural*: como una forma de folclor popular y de literatura oral. En todos los tiempos y en todas las culturas, los pueblos han acabado desarrollando tradiciones literarias no escritas, muy vinculadas con la visión mítica del mundo. En estas tradiciones lo usual es que lo natural conviva con lo sobrenatural, que los humanos compartan espacio con dioses, ángeles, demonios, difuntos vueltos a la vida y fuerzas naturales personificadas; nuestro tiempo ha cambiado los significantes, pero mantiene el paradigma. Es decir, hoy lo que la gente suele ver son ovnis, extraterrestres y fantasmas, pero se sigue manteniendo la idea de que los humanos no estamos solos en el universo y de que seres de otro orden de algún modo nos acompañan en nuestra correría vital. Si esto es así, el libro de Martínez es una recopilación de esta imaginería popular contemporánea que oscila entre los clichés y los momentos originales por graciosos. En *Colombia sobrenatural* abundan imágenes estereotipadas por la cultura de masas, como los extraterrestres de apariencia nórdica que son más evolucionados que los humanos y que de modo altruista se mueren de ganas por ayudarnos, los abducidos, los contactados, los supuestos ufólogos, la comunicación telepática, las puertas interdimensionales y demás parafernalia que en estos tiempos es epidémica en ciertos medios de comunicación. Para el caso fantasmal sucede lo mismo: en la mayoría de las ocasiones se reiteran las imágenes trajinadas hasta el infinito por los medios acerca de espectros y edificaciones encantadas. No obstante, en una que otra ocasión Martínez saca a la luz algunas joyitas sugestivas que revelan la visión mítica e idiosincrática de la gente del común: que en Bogotá hay un fantasma femenino condenado a pasar la eternidad lavando ropa, que en el cementerio Central de Bogotá cierta tumba concede milagros si se depositan allí bombones o caramelos, que cierto mausoleo le garantizó a una trabajadora que saliera bien su pensión cuando todo apuntaba a que se la iban a negar (y en ese caso creo que la mayoría de colombianos deberíamos hacer una peregrinación hasta ese sepulcro, vista la incompetencia y la injusticia de nuestro sistema pensional). También es una magnífica muestra de humor negro el que la tumba del científico y astrónomo Julio Garavito, tan famoso por los billetes de veinte mil pesos, sea frecuentada hoy por ladrones, prostitutas y

travestis que lo han convertido en su inesperado intercesor ante el más allá.

Las leyendas urbanas que Martínez ha recopilado, teniendo eso en mente o no, corresponden a esa peculiar literatura de nuestro tiempo que en primera instancia no se reconoce como tal, porque es una literatura que esconde su origen y se presenta con la inocente (y a veces no tan inocente) pretensión de ser una descripción “real” del mundo. Las narraciones paranormales son ficciones que intentan hacerse pasar por realidades, y aquellos que las crean y las cuentan son escritores de cuentos de terror que curiosamente no han caído en la cuenta de que son escritores de cuentos de terror. Los textos de *Colombia sobrenatural* se inscriben en la particular ambigüedad o anfibiaología de este género: a quien cree en la visión mágica y mítica del mundo, le ofrecen una dosis de eso; a quien descrea de la visión mágica y mítica del mundo, le obsequian una literatura de terror naïf y una muestra de un imaginario cultural digna de ser atendida por un científico social.

Por otro lado, si no consideramos el género paranormal como una mera ficción (seguramente algunos de quienes lo inventan son conscientes de esa condición, pero otros no), ante textos como los de Martínez siempre se suscita la pregunta de por qué aún se escriben y tienen lectores, si en estos tiempos la mirada científica del mundo es la predominante y ella por definición excluye las aproximaciones sobrenaturales. Por supuesto, hay varias respuestas. La primera es que la denominada literatura de lo paranormal le añade misterio al mundo, y ese simple hecho siempre ha sido popular en medio de las vidas diarias comunes y corrientes que la mayoría de humanos padecemos. La segunda es que la actual visión científica del universo nos ha dejado a los humanos como los únicos seres racionales, conscientes y con sentimientos que existen, y obviamente, sería más agradable que otros seres racionales, conscientes y con sentimientos nos acompañaran por estos lares, sin importar que ellos sean fantasmas, extraterrestres, ángeles o demonios. La tercera razón es que los sesgos cognitivos humanos son incurables y mientras subsistamos como especie estaremos propensos a la pareidolia, es decir, a antropomorfizar lo que no tiene forma humana, a crear relaciones causales donde no las hay, a ver configuraciones donde solo hay algo borroso. La cuarta razón es que la literatura de lo paranormal entraña un consuelo. Para la mente humana es muy doloroso admitir que el azar está inserto en más espacios y tiempos de los que quisiéramos admitir; si creemos ver estructuras

o formas subyacentes en el mundo, sentimos que existe alguna clase de sentido, sentimos que después de todo sí podemos tener alguna clase de control sobre la realidad. La quinta razón es que si la religión en el mundo posmoderno ha muerto o no cumple función alguna, las supersticiones paranormales son una suerte de pseudo-religión compensatoria.

Textos como *Colombia sobrenatural* —y eso también hay que anotarlo— hacen parte de la floreciente industria de lo paranormal, que en todo el mundo mueve millones y millones de dólares. Son un modo que la cultura de masas descubrió hace rato para lucrarse de la ingenuidad de la gente y del hecho, ya referido, de que el pensamiento mágico, mítico y premoderno aún domina las mentes de innumerables personas en el globo. Si esta clase de relatos se asume como lo que son (meros juegos de palabras o una de las modalidades contemporáneas del folclor y la literatura oral) resultan hasta divertidos; lo grave es cuando no sucede así. Alguna vez, Sander van der Linden, en un artículo para *Scientific American*, apuntó que exponer repetidamente a las personas a materiales paranormales y de conspiraciones, a la larga acababa debilitando su confianza en la ciencia, así como sus inclinaciones prosociales y su compromiso cívico. Así pues, andar en exceso en medio de esta clase de publicaciones puede resultar dañino y comprometer la capacidad de pensamiento crítico. La misma Martínez refiere en su libro una noticia aparecida en el periódico *El Tiempo* en el 2012, sobre cómo ese mismo año, en una población antioqueña, una horda enfurecida linchó a una mujer porque estaban convencidos de que era “bruja” (p. 166). Es decir, no educar a la gente para aprender a leer, escuchar, interpretar y contextualizar este tipo de materiales, puede tener consecuencias terroríficas.

En síntesis, *Colombia sobrenatural* es un texto que, si se lo mira como compilación de leyendas urbanas, por momentos es entretenido, y si se lo lee con el apropiado escepticismo es un material útil para radiografiar la idiosincrasia colombiana, así como ciertas temáticas de las ciencias sociales, como por ejemplo los imaginarios populares. Lo grave de estas muestras de la industria paranormal es que para ciertos lectores vulnerables y crédulos, ellas pueden terminar incrementando esas mismas vulnerabilidades y credulidades, así como potenciando ciertos delirios. ■

Campo Ricardo Burgos López